

Si es el lenguaje corriente el que perfecciona y enriquece nuestra intuición de los fenómenos; si hay que retornar a estas palabras vivas; una visión humana, como es repensar a un filósofo difícil, no podría realizarse con perfección y riqueza. Habría un decir filosófico condenado a pura terminología, esencialmente intraducible, opaco a toda explicación, fundamentalmente intransmisibile, en suma.

Ortega, cuyos libros están a la mano, se “propuso semejantes logros”. No hizo otra cosa en su vida que vitalizar y enaltecer nuestro instrumento fundamental para pensar filosofía: el lenguaje. Escribió al final de su vida que “el término técnico es una palabra cadáver, esterilizada, asepticada, y que por lo mismo se ha convertido en ficha y ha dejado de ser viviente nombrar, esto es, de ejecutar ella por sí esa operación y función que es *decir la cosa* y llamamos *nombrar*. La palabra llama a la cosa que está ahí, ante nosotros, y la cosa acude como un can, se nos hace más o menos presente, se dirige a nosotros, responde, se manifiesta... En el momento en que un nombre se convierte en término técnico, lejos de decirnos él la cosa, de traérmola y hacérmola visible, tenemos inversamente que buscar por otros medios la cosa que el término designa, verla bien y sólo entonces entendemos el término. Una terminología es todo lo contrario de una lengua”⁷.

El lenguaje en Heidegger es, palabra por palabra, un archivo de conceptos que el traductor hace explotar. La explosión ahuyenta al lector desprevenido que creía que leer filosofía era leer a Platón, a Descartes, a Leibniz, a Kant; algo ciertamente difícil, pero nunca fastidioso.

FERNANDO URIARTE

<https://doi.org/10.29393/At390-100DOMR10100>

Diario de Oriente —Unión Soviética, China e India—, de LUIS OYARZÚN.

Editorial Universitaria, 1960

Tenemos prevenciones sobre “las impresiones de viaje”, sean a través de libros, artículos periodísticos, conferencias o conversaciones familiares. Se generaliza demasiado, se afirman como hechos comunes y permanentes casos particulares y circunstanciales, se repiten apreciaciones consignadas en guías de turismo. Es frecuente, también, que el viajero sólo trate de buscar aquello que conviene a su índole o interés individual o se sobrepasa de algo que es propio de la región o país visitado. Por ejemplo,

⁷*Idea de Principio en Leibniz*, p. 357.

demostrar su desagrado por la aridez de la meseta castellana, o encontrar baja la edificación de París comparada con la de Nueva York. Se ha repetido que la visión de las tierras extrañas está condicionada al estado de ánimo del viajero. Bien lo dice el viejo adagio español: "Cada uno ve en la feria según como le va en ella".

Las proposiciones anteriormente expresadas no rigen para este libro de impresiones sobre Oriente de Luis Oyarzún. Sabida es su condición de escritor, poeta, dueño de una amplia cultura humanística y por sobre todo un intuitivo. De modo que cuanto ve y dice no es lo que ve y dice el común de los viajeros. Maneja, además, un estilo ágil, rápido, con finos toques poéticos, que conduce al lector sin hacer pesar la gravedad de su saber ni sorprender con observaciones geniales. Parece a ratos que estuviéramos conversando con él, pero sin descender tampoco a la familiaridad trivial. No aparece el filósofo ni el sociólogo que pretendiera deslumbrar con sus conclusiones ni con ese manido paralelismo entre las viejas culturas.

Escribe cosas menudas, pero de las cuales deducimos conclusiones generales. Leemos en la página 15: "Llegamos con gran dificultad a una gran porqueriza, cuya atmósfera no pudo soportar ni un segundo siquiera un destacado político latinoamericano de izquierda, que prefirió refugiarse en el automóvil". Seguramente ese político al regreso a su país hablará sesudamente de leninismo, stalinismo, khrushchevquismo. Será sabio, grandilocuente, pues para ello le bastará leer algunos folletos de propaganda.

¿Será a esta clase de viajeros a quienes se refiere el vicerrector de la Universidad de Moscú en el diálogo que sostuvo con Luis Oyarzún y que transcribimos sin mayores comentarios?:

"Alguien le pregunta:

"—¿Hay todavía analfabetos en la URSS?

"El vicerrector sonríe con malicia:

"—Bueno, siempre tenemos invitados".

(Pág. 26).

Luis Oyarzún observa, anota, cuenta. "No era, sin duda, un koljós modelo y *debía faltarle* muchísimo para alcanzar al nivel del de los Estados Unidos" (pág. 15). Reparemos en la forma perifrástica condicional "*debía faltarle*". No dice le falta, no niega ni afirma categóricamente; insinúa algo que es posible. Buena lección para los fanáticos de los dos extremos. La duda, la cartesiana, es signo de inteligencia.

Sus anotaciones sobre los hechos las stampa en pinceladas rápidas como al pasar, pero llenas de sugerencias: "De nuevo en el estadio cerrado Lenin, frente al Presidium, con Khrushchev y Mao Tse Tung al centro, bajo la obsesionante efigie de Lenin, rodeado de banderas y flores rojas. La oratoria del Partido es caudalosa como el Volga y no parece llegar jamás al Mar Caspio" (pág. 21).

Pero a Luis Oyarzún interesa más que las manifestaciones oficiales, la actitud del pueblo en la calle, su conducta humana liberada del contagio gregario de la asamblea. "Es emocionante, en cambio —dice—, el contacto humano directo con ese pueblo cordial, que muestra algo de cándido en su afán de amistad y cercanía. Anoche, caminando por la calle Gorkim sentíamos el calor humano simple y puro de los grupos que pasaban cantando. Pero la repetición mecánica de las ideas y consignas es, por el contrario, enemiga del verdadero intercambio espiritual" (pág. 22). Y agrega más adelante: "Cuando se les escucha cantar, se intuye en sus fuentes la humanidad de este pueblo. No he conocido otro más efusivo, más abierto, más buscador de comunicaciones afectuosas" (pág. 23).

He aquí una observación que debe subrayarse. Se nos ha presentado al pueblo ruso como seres graves, trascendentales, vestidos de negros, como si vivieran una tragedia, cual personajes escapados de una novela de Dostoiewski. Luis Oyarzún vio un pueblo alegre, cordial, contento de la vida, incluso vestido con trajes de colores vivos.

He aquí una observación sobre las condiciones urbanísticas de Moscú que es oportuno transcribir: "Moscú es una ciudad impecablemente limpia. Los descuidados que lanzan al suelo un pedazo de papel o una caja de fósforos, deben pagar severas multas. Sin embargo, se ve poca policía" (pág. 25). Pensamos en nuestro Santiago, en estos días preelectorales, ensuciada con grotescos cartelones de propaganda y fotografías de aspirantes a congresales. Y qué decir de las basuras que juegan incluso en las calles céntricas y barrios residenciales. Cualquier medida severa que se tomara para evitar esta profusión de carteles y letreros o la aplicación de sanciones a quienes botan papeles en las calles, serían consideradas antidemocráticas...

No obstante la brevedad de las anotaciones dedicadas a Rusia, son densas de observaciones penetrantes sobre el alma y la realidad de este país que tanto interesa e inquieta a la humanidad.

Las impresiones sobre China son más extensas y de mayor hondura en el análisis de los hechos políticos y sociales que han transformado tan radicalmente la milenaria estructura económica de este país. En los diez años que lleva de vida el nuevo régimen, se advierte un progreso tan extraordinario que incluso los más escépticos y adversarios del comunismo chino, no pueden dejar de admirar sorprendidos.

He aquí una anotación de este diario que vale la pena transcribir íntegra; y no olvidemos que Luis Oyarzún es católico, si no prácticamente, al menos profundamente cristiano. "Cuando se habla —dice— de los milagros realizados por el pueblo chino en estos últimos diez años, no pocos intelectuales burgueses se complacen en olvidar que el motor de estos prodigios ha sido el Partido Comunista, 'la vanguardia del proletariado', con el auxilio de las democracias populares, es decir, del comunismo internacional. Quisiera conocer algún milagro contemporáneo semejante realizado en el plano social por la Iglesia Católica que, más que internacional, es ecuménica. Si 'Dios ayuda a los malos cuando son

más que los buenos', ¿no se estarán pasando los milagros de Dios al lado de los malos?" (pág. 110).

Llevados de la mano de Luis Oyarzún, nos asomamos a Checoslovaquia, recorremos lo más interesante y representativo de Moscú y Leníngrado, penetramos en los substratos del alma china, deteniéndonos en su afán de progreso, admirando su serena alegría y su suave cordialidad, para luego comprobar el desamparo y pobreza de la India. Hemos sido cogidos por la palabra del autor, retenidos por su amenidad, sorprendidos por la agudeza de sus observaciones, para tener al final de la lectura de este *Diario de Oriente* una fiel imagen de ese mundo tan distante al nuestro en lo geográfico y en su actitud frente al destino, pero tan semejante en su esencia humana.

No se ha valido Luis Oyarzún de estadísticas engorrosas ni de complicadas curvas de producción —existen las indispensables—, para darnos una visión de esos países. Ha penetrado en la realidad de ellos a través de la intuición y de su espíritu creador, instrumentos que le han servido para ver más profunda y sutilmente que aquellos que pretenden ser *objetivos* para captar el alma, lo inasible de los pueblos, como si ello fuera posible hacerlo únicamente por los sentidos.

Debemos, pues, agradecer a Luis Oyarzún que nos haya levantado la pesada "cortina de hierro", para mostrarnos lo que allí vio con espíritu libre, amplio, sin anteojeras que desfiguren lo íntimo y lo externo de esa parte de la tierra que se nos pretende configurar con rasgos tan opuestos a la humanidad en que vivimos, como si fueran dos mundos antagónicos e irreconciliables.

MILTON ROSSEL

Memorialistas chilenos, de HERNÁN DÍAZ ARRIETA (Alone)

Zig-Zag, 1960

Bajo el título de *Memorialistas chilenos*, Alone ha reunido un conjunto de crónicas literarias sobre libros de carácter confesional, cuyos autores cuentan las intimidades de sus sentimientos y reacciones frente a los hombres y las cosas y las venturas y desventuras de su caminar por la vida. Leídas rápidamente muchas de ellas en el diario en el cual Alone colabora desde hace varios años, las hemos releído ahora sin premura, sin otra intención que regustarlas. Y no hemos sido defraudados. Nos parece que ellas están corregidas, reducidas, eliminado aquello circunstancial de todo artículo periodístico, incluso lo polémico o desagradable al autor.

No poco se ha escrito sobre Alone como crítico. Por nuestra parte, podemos afirmar que mientras más conocemos las nuevas técnicas de la crítica literaria y leemos sesudos trabajos de jóvenes "investigadores",